



No sabía yo que las flores ordinarias valían mas que las rosas.

EL CONDE DE LA TOUR DU VAL,
O EL PRIMER CHRYSANTHELMO.

I.

Hace cerca de cien años vivía a las puertas de Tolosa un gentilhombre de antigua nobleza, un rico propietario, un gran botánico, un padre de familia rodeado de todas felicidades; en fin, el conde de La Tour du Val.

SEGUNDA SERIE.—1933.

Un día, un viagero que llegó de la India le regaló una planta vivaz de dos pies de alta, guarnecida de hojas de un verde oscuro, y parecidas en todo á las de parra, con una flor como la de las margaritas amarillas.

El conde dió un abrazo al viagero, y reconoció que poseía la reina de las histeróides, espinosa de grandes flores, la *anthemis grandiflora*, el *chrysanthelmum indicum*, conocido con veinte nombres mas en la botánica, pero que hasta entonces no había figurado en Europa mas que en las descripciones de los sabios ó por el pincel de los artistas.

El señor de La Tour du Val dió en seguida á su flor el

AÑO XIII. 3

nombre de *chrysanthelmum unicum*, y se apoderó de él el fanatismo propio de los que se dedican á formar colecciones. Juró que su *chrysanthelmo* sería en efecto el *único* en Francia, que nadie obtendría un grano de simiente, un esqueje, una estaca, una rama de él, y que los que quisiesen contemplar su flor tendrían que venir de todos los puntos del mundo botánico á solicitar de él este favor. Esta flor fué para él en realidad su *único* tesoro, su *única* felicidad... Olvidó por ella su fortuna, sus negocios, su familia, sus tierras, su parque y todas las demás flores... Convirtiéndose en su jardinero, su esclavo, su Cancerbero... Hizo construir para esta flor una estufa expresa, y la colocó en un parterre particular... Si hubiese podido disponer de las estaciones, del sol, de la lluvia, del viento, hubiera trastornado la naturaleza por su *chrysanthelmo*. No comprendía cómo había podido pasar veinte años de vida cultivando horribles rosas, raquíticos claveles, miserables jacintos, cuando había bajo la bóveda de los cielos un *chrysanthelmum unicum*... Estaba delante de esta flor, y le pedía perdón por no haber abandonado su patria, su quinta, su mujer y sus hijos, para haber ido á buscarla él mismo al fondo de la India ó de la China.

Al año siguiente Mr. de la Tour du Val tuvo en su jardín un bancal entero de *chrysanthelmos*. Esta conquista dió mucho que hablar en las naciones agrícolas... Anunciáronla las gacetas de Holanda, Italia, España, Inglaterra y Alemania. De todos esos países vinieron en el otoño aficionados á visitar la quinta de Mr. de La Tour du Val, y á felicitarle por haber aclimatado y poseer sus *únicas* flores...

Los celos y las envidias vinieron, ¡ay! también con los elogios y felicitaciones, y la gloria del botánico tuvo también sus tribulaciones y desvelos.

En cada admirador veía un envidioso, en cada uno de los que visitaban su jardín sospechaba un ladrón... Una voz misteriosa le decía de día cuando contaba sus flores, y de noche cuando soñaba con ellas:

—Pon la mano sobre tu conciencia, ¿si otro tuviese estos *chrysanthelmos* y te los enseñase sin dárteles, tendrías escrúpulo, resistirías á la tentación de robarle un grano de simiente, de cortar una ramita?

Erizábansele entonces los cabellos, y corría agitado á visitar sus flores.... espiaba las manos de sus curiosos, y de muy buena gana hubiera registrado sus bolsillos... Había despedido á tres jardineros que habían osado arrancar algunos renuevos para limpiar las plantas... Estuvo á punto de apalearlo á otro que había ofrecido una ramita á un extranjero... Sospechando que este extranjero era un príncipe alemán disfrazado, que había andado seiscientas leguas para ver sus *chrysanthelmos*, le cerró sin consideración ninguna la puerta de su casa, y día y noche se constituyó de centinela en su parterre, hasta que supo que aquel aficionado había salido de Tolosa... Tuvo un pleito y fué condenado á una gran multa, por haber hecho fuego sobre un cazador que se había extraviado en su parque, y que creía que iba á robarle sus *únicos*.

Mr. de La Tour du Val vigilaba, pero el imprudente no contaba con la astucia... y las mujeres... Una prima suya, siempre le engañan á uno los suyos, viuda pizpireta, de talento, la baronesa de Castillac, hija de Eva si las hay, tanto más temible cuanto que tenía un aire sencillo y candoroso, apostó un día en una comida que se daba entre las prin-

cipales gentes de Tolosa, que ella probaría del fruto prohibido, y que tendría en su casa, y criado por ella, un *chrysanthelmo* de los del conde. Adversaria leal é intrépida no se recató en su proyecto, habló de él á todos, y las gentes de la ciudad se dividieron naturalmente en dos campos opuestos, apostando unos por el primo, apostando otros por la prima. Atravesáronse en estas apuestas cantidades de bastante consideración.

Supo el conde como todo el mundo el asalto que iba á tener que sostener, y adivinaba que este asalto se dirigiría á su corazón, y que los sitiadores serían los lindos ojos y las dulces sonrisas de la prima. ¡Pobre prima! pensaba el conde mirando sus *chrysanthelmos*, ¡se imagina que un hombre que se dedica á formar colecciones es un hombre como los demás!

Ocho días después de esta singular apuesta, los dos combatientes comían en casa del gobernador, de quien ambos eran parientes, y que era uno de los más decididos partidarios de la baronesa. Mr. de La Tour du Val llevaba en un ojal de su casaca uno de sus *unicum*. Jamás fué más vivo el asalto, ni con más tenacidad dado. Ya hacía los postres, viendo la baronesa al conde animado y alegre con los vinos de España, creyó que había llegado el momento de empeñar la acción y conseguir la victoria. Dejó diestramente caer al suelo uno de los lazos de su prendido, que todos los convidados, y el primero el conde, se apresuraron á recoger con la mayor galantería.

—Lo pongo á pública subasta, dijo la baronesa con indefinible gracia y coquetería. El lazo será para el caballero que me haga el obsequio más agradable para mí... y al mismo tiempo sus traviesos y chispeantes ojos devoraban la flor de su primo.

Si le hubiese dado su sangre se la hubiese dado en el acto. Vuelto en sí por lo claro y terminante de la alusión, el hombre galante y enamorado cedió su puesto al botánico. Deshojó el *chrysanthelmo*, lo mezcló con la enlasada que tenía en su plato, y alargándolo á la baronesa:

—Hacedme el favor de probar esta planta, dijo con ironía, hacedme el favor de probar esta planta, que es un manjar muy delicado en el celeste imperio...

En efecto, el *chrysanthelmo* es una planta alimenticia muy estimada en la China. Bajo este concepto fué traída á Europa por el capitán Scoffroy, empero sea efecto, bien del cambio del clima, bien de ignorarse el modo de cultivarla ó componerla, este exquisito manjar con que se regalan los mandarines chinos, tiene muy mal sabor en Europa.

La baronesa conoció que había perdido el tiempo, puso de maldisimo humor, le dió un ataque de nervios, y el gobernador, que encontró demasiado grosera la chanza desafió al conde. Aceptó este, empero poniendo por condición que estaba dispuesto á batirse dentro de tres meses, cuando hubiese recogido la simiente de sus *unicum* y concluido un ensayo de plantarlos en esquejes ó estacas de que se prometía mil maravillas.

Esta salida original hizo reír á todos; el lance de honor se quedó así, y la baronesa no logró nada, ni con su lazo, ni con su ataque de nervios.

La baronesa había sin rebozo manifestado que el único medio de agrada-la era el que la diesen un *chrysanthelmo*.

El conde de La Tour du Val tuvo, pues, que habérselas con toda la juventud de Tolosa. Vió su jardín amenazado

de escalamiento, de fractura en sus puertas, de una invasión diurna y nocturna... Puso en todas partes lazos de coger alimañas, redes, dejó de centinela perros... Una vez cayó en una trampa el secretario de la prefectura, otra vez mordieron los perros las pantorrillas de dos abogados... Tuvo muchos desafíos con los oficiales de la guarnición, desafíos que no pudo aplazar hasta la recolección de la semilla: hirió unas veces, y otras salió herido; empero ¡qué le importaba su sangre, si... salvó sus flores!

Una noche no escapó de mala el fanático conde. Todos los conjurados juntos bajan al jardín á los bancales donde estaban enterradas las plantas de sus *unicum*. Adormecieron á los perros, sujetaron á los guardas, y á la ventura cogieron unas cuantas plantas. Juzgad cuál se quedarían al día siguiente al ver que el conde se les había adelantado; había arrancado todos los *chrysanthemos*, y los había encerrado en la estufa. Los ladrones se hallaron con que en su rápida siega solo habían cogido plantas de jácintos, alelíos y otras plantas comunes.

Habían salido vencidos en su intento, y así se lo dijeron á la baronesa, desistiendo de tan árdua y difícil empresa.

La baronesa no desistió, dijo para sí como Medea: combatiré sola, y yo basto para vencer.

Anunció su visita solemnemente á su primo: presentóse en su casa una mañana armada para combatir, es decir, con todas sus gracias, con todos sus encantadores atractivos, la sonrisa en los labios, chispeantes sus ojos de amor y contento. Llevaba un abrigo de riquísimo terciopelo negro.

Era precisamente á la entrada del invierno, cuando secas las flores dejan caer su simiente... Los mas bellos *unicum* del conde, agostados por el hielo, semi tronchados, ofrecían á la mano del jardinero... ó del que los tocara, imperceptibles granitos con que multiplicarse cada uno en mil...

Encontró la baronesa ocupado al conde en moler en un mortero todas las raíces, todas las varitas, todas las simientes que no tenía que guardar.

—Avaro egoísta, le dijo alargándole graciosamente la mano... Aun meditaís llevar adelante la guerra, cuando yo vengo á rendiros mis armas. Defendeis aun vuestro tesoro cuando vengo á declararos que renuncio á él.

—Acepto la seguridad que me dais, mi querida prima, respondió el conde besando su deliciosa y blanca mano.

—Si, replicó esta aparentando cierto abandono. Habeis vencido, y lo confieso. Sois el Annibal de la botánica, y os abandono el imperio de los *unicum*. Para firmar la paz he venido aquí, y solo os pido por precio de esta alianza admirar en vuestra compañía las maravillas de vuestra estufa, llevar como recuerdo, no uno de vuestros queridos *chrysanthemos*, sino cualquiera otra flor, de las mas comunes, la que quiera darme vuestra amistad.

—Sea como queráis, bella primita, dadme la mano y venid conmigo, dijo Mr. de La Tour du Val, lo que traducido literalmente queria decir: no habiendo podido robarme ni á la fuerza ni con el número, venís á robarme en persona y con astucia... Bien, acepto este último desafío y tengo fijo el ojo en vos.

¡Cómo describir las escaramuzas de esta batalla invisible, las peripecias de este mudo paseo! Ya era una detención para arreglar una cinta de los zapatos: ya se le caía el

pañuelo, y había que bajarse á recogerlo: ya aceleraba el paso, ya lo detenía.

En fin, después de una hora de combate, agotada toda la estrategia y... las atenciones, iban á separarse los dos primos á la puerta del jardín. La baronesa llevaba un clavel en la mano por toda conquista, con la sonrisa en los labios y el despecho en el corazón. El conde, afectando amabilidad, seguro de su victoria, la halagaba en alta voz, y la maldecía en el fondo de su alma.

Mad. de Castillac, cambiando de armas, entabló una conversación íntima, tierna, y dejando deslizar de sus hermosos ojos una adorable lágrima, dijo al conde:

—¡Primo mío! mis juramentos de hace un instante eran falsos, y mis ofertas de paz eran mis últimos recursos, mi última batalla. Si, yo he venido aquí para robaros un *chrysanthemo*. Mi derrota me deja solo remordimientos, y mis lágrimas os prueban mi sinceridad. Perdonadme, pues, en vista de mi arrepentimiento, y del propósito firme de no insistir mas. ¡Vayan al diablo todos los *chrysanthemos*! Sepárennos, pues, como buenos amigos.

Viendo al conde seriamente conmovido, y convencido de su buena fe, selló esta reconciliación dándole un estrecho abrazo.

Su transporte, empero, fué tan fogoso, que enredándose en su abrigo de terciopelo, cayó toda ruborizada en los brazos del conde.

Tanto mas conmovido este ayudóla á levantarse, y la llevó casi hasta su coche, llenándola de atenciones, y creyendo corresponder á heroísmo por heroísmo; llegó á prometerle todos sus *unicum*... para después de su muerte.

Apenas había entrado en el coche, cuando desde la ventanilla le gritó la baronesa: *hasta la vista*; empero con tan extraña explosión de alegría, que el conde se quedó como deslumbrado por un relampago, como herido por el rayo de un presentimiento.

No podía explicarse las razones de su temor, empero no podía dormir, y una terrible pesadilla lo despertaba sin cesar. Un lindo diablillo con una capa de terciopelo le enseñaba con el dedo en el salón de la baronesa su mas bello *unicum*, florido, á vista de sus rivales.

Despertó sobresaltado, bajó al jardín, corrió á ver sus flores, las examinó, las contó, las deshojó, y no encontró la menor falta.

II.

Los días de la baronesa eran precisamente en otoño. Convidó á comer á lo mas principal de Tolosa. Habíanle regalado mil ramos de flores. El conde de La Tour du Val le había mandado un rosal con rosas, gran novedad en la estación en que se hallaban.

Estremeciése el conde al ver reunidos en el salón á todos los que habían conspirado contra él... tranquilizése al ver en la sala del banquete, y en el punto mas distinguido y principal, su hermoso rosal. Esta distinción no anunciaba hostilidad alguna. Sentóse en la mesa en frente del rosal, y á la derecha de su prima. Comió y bebió alegremente, y á los postres brindó por la baronesa. Tomó esta entonces la palabra... con una sonrisa que recordó á su primo el lindo diablillo de sus pesadillas.

Contó la baronesa la historia de los *chrysanthemos* de

conde, y la apuesta que había hecho de tener uno en flor en su casa.

—Lo que la muger quiere, Dios lo quiere, dijo echando mano al rosal... Yo me he salido con ello, y todos habeis perdido: he ganado mi apuesta, y los que por mí habían apostado... Ved aquí un *chrysanthelmum unicum*, en flor. Apelo al conde mismo para que juzgue si esta planta... es buena para una ensalada!...

Entreabriendo con sus lindos dedos las ramas del rosal, enseñó en efecto un soberbio *chrysanthelmo* abierto sobre una vareta viva.

Mr. de La Tour du Val, reconociólo demasiado bien, y

que llevaba en el bojal de su casaca el conde, el terciopelo había conservado pegados algunos... La condesa los había descubierto, los había sembrado, cultivado, cuidado, y todo el mundo veía el producto, hábilmente oculto en el rosal del primo... Una sola flor, es verdad, sobre una sola vareta (no había abusado de la victoria), empero vareta bien viva, bien fresca, y que bastaría á poblar la Europa de *chrysanthelmos* de la India.

Esta última palabra acabó de matar al fanático coleccionista. A punto estuvo de darle un ataque de apoplegia.

—Razon tenía mi sueño, esta muger es un verdadero diablo.



aunque por delante de sus ojos pasó como una nube, no pudo menos de decir en medio de los aplausos que le quebraban el corazón: ¡es verdad! ¡habeis ganado!

—Pero señora, añadió con voz sofocada, ¿me entregareis al traidor que me ha robado esta flor!

—Vedlo allí, replicó la baronesa enseñándole su abrigo de terciopelo colgado en la sala, os permito que lo atraveséis con vuestra espada...

Contó entonces su última visita al conde, su patético y oportuno abrazo, su diestra caída al salir del parterre... Rozando los granos preciosos de la semilla del *chrysanthelmo*

Ofreció á la bella señora su quinta, su fortuna toda, si quería devolverle su planta ó destruirla, y sin aguardar la respuesta alargaba su brazo para cogerla.

Todo el mundo se levantó para proteger la flor y reclamar un granillo de simiente, y á todos les fué prometido por la baronesa con la mas encantadora sonrisa. Era lo menos que podia conceder la baronesa á los campeones que por ella habían espuesto su vida...

El conde vencido, anonadado, desesperado, se retiró como un hombre condenado á muerte...

¿Y la planta robada se multiplicó? preguntará el lector.

—¡Paciencia! este es el final de esta historia.

Nosiendo ya únicos los chrysanthemos, al día siguiente el conde reunió raíces, varetas, semillas, y todo lo quemó sin dejar el menor vestigio de aquella flor que tanto había adorado.

Juzgad cuál se quedaria luego que supo lo que sucedió despues.

Queriendo gozar de su triunfo Mad. de Castillac, hizo colocar en una ventana de su salon el chrysanthemo colocado en medio del rosál, reservándose el llevarlo por la tarde al jardín, para guardarlo en la estufa y recoger la simiente.

Una niña pequeñita, hija suya, viva, traviesa, ignorando todo lo que había pasado, y no juzgando de las flores sino por su brillo y su olor, encontró que la vareta cubierta de hojas sombrías y aquella flor amarilla echaba á perder el aspecto y olor del lindo rosál. Dejó la muñeca con que jugaba, y creyó hacer una gran cosa arrancando la varita, y deshojando los pétalos del chrysanthemo. Al ver lo que hacia, su madre lanzó un grito, vino á detener el destrozo, empero era ya demasiado tarde.

Había perecido el *unicum* y su porvenir.

—No sabia yo que las flores ordinarias valian mas que las rosas, replicó la niña cuando la riñó su madre, con una sencillez que desarmó la cólera de la baronesa.

—El hecho es, dijo esta acariciando á la niña, que para mí que no soy botánica, creo que tiene razon mi niña. Los chrysanthemos son flores ordinarias que vienen de Indias, y este es todo su mérito. Me basta que este me haya hecho ganar mi apuesta, y mis nobles caballeros tendrán que perdonar que no pueda darles el grano de simiente ofrecido. Guarde en buen hora mi primo el privilegio de sus *unicum*, si no comprende la admirable leccion de esta niña.

La leccion era maravillosa, en efecto, para todos los coleccionistas, y un pintor de aquella época la ha inmortalizado en el lindo cuadro, cuyo grabado hemos puesto al principio de este artículo...

No hay locos mas rematados que los que se dedican á formar colecciones, testigo el conde, que acabado de suceder esto, entraba con las cenizas de las flores que había

quemado en un momento de ira, y que venia á ofrecer despechado á la baronesa.

Lleno de dolor recogió como reliquias los restos de la destrozada planta, los volvió á sembrar cuidadosamente, esperando que un trozo de la vareta, un granillo escapase por milagro á la destruccion... ¡Vana esperanza, inútiles esfuerzos! ¡Inclinado sobre la tierra un mes entero, el infeliz no vió brotar nada!

Y ved aqui, y esto es auténtico, cómo gracias al egoismo de este coleccionista, los chrysanthemos solo habían aparecido un momento en Francia, cuando en 1790 Blanchard, vecino de Marsella, trajo de la India dos nuevas especies, la una blanca verdosa, con estambres casi verdes, y la otra colorada oscura, que tuvo una inmensa boga. En pocos años el *chrysanthemum indicum* invadió la Europa entera, y curado ya de sus avaras esclusiones, el conde de La Tour du Val murió feliz y contento viendo renacer su querida flor.

En 1809 un jardinero de París encontró otra vez el *unicum* amarillo, que tomó el nombre de *La Tour du Val*. En 1814 apareció el de corola blanco puro; en 1815 el de escarlata; en 1825 se contaban ya veinte y siete variedades; treinta y ocho en 1835; y hoy su número es igual casi al de los tulipanes y las dalias.

Debemos concluir rectificando que la palabra de la niña sobre las flores ordinarias de la India, es inexacta: la riqueza y la variedad de los chrysanthemos los han elevado á la clase de las mas bellas flores.

El cultivo de los chrysanthemos está al alcance de todos, empero exige extraordinario cuidado. Es preciso ponerlos en tierra libre en la primavera, dejarlos en seco todo el verano, y limpiarlos y arrancarles todos los renuevos, dejando libres las varetas. Abandonada á sí misma crecería demasiado y muy espesa esta planta. En octubre se la traslada á los tiestos y se la riega frecuentemente, evitando el esponerla á los ardores del sol, y entonces se ven abrirse estas flores desde noviembre á enero.

El mérito principal de estas flores es que ostentan su hermosura á la entrada del invierno en la ausencia de las otras flores, y que llena el espacio que separa á la dalia de octubre de la camelia de febrero.

LA CUESTION DE ORIENTE.

I.

Los magníficos salones del palacio de la gran duquesa Elena, se hallaban resplandecientes con todo el lujo oriental de San Petersburgo en la noche del 9 de enero de 1853. Había acudido toda la corte del imperio ruso al magnífico baile que daba la hermana del Emperador. El poderoso Autócrata había querido honrarlo con su presencia. Todos los señores de la corte, todos los ministros de las potencias extranjeras le habían respetuosamente saludado, les había dirigido algunas espresiones con la galantería que le es familiar, y que ha adquirido en sus viajes por las naciones mas cultas. Todo respiraba allí alegría: y mientras en aquel brillante recinto todo eran amores y placeres, iba

á decidirse en él la suerte del mundo, iba á intentarse un cambio en el equilibrio europeo.

En nuestro siglo los intereses mas graves, de que depende la suerte de las naciones, suelen decidirse en medio de una comida, en medio de un espléndido festin, y los lejanos ecos de la deliciosa música de un baile, vienen á ser los lastimeros ayes de millares de hombres destinados á sucumbir en los campos de batalla! Así se tratan hoy las cuestiones políticas; así se inició tambien la gran cuestion de Oriente.

El emperador Nicolás, despues de haber recorrido los suntuosos salones del palacio de la duquesa Elena, entabló una conversacion familiar, casi en tono indiferente, con el embajador de Inglaterra, Sir Hamilton Seymour, conversacion que por las grandes consecuencias que ha tenido, debía de estar muy de antemano preparada.



Tomando por pretexto las modificaciones que acababa de sufrir el gabinete inglés, le habló de la necesidad de que la Inglaterra y la Rusia caminasen muy de acuerdo.

—Acorde con la Inglaterra, le dijo, me cuido muy poco de lo que haga el Occidente de la Europa. La Turquía amenaza ruina, su caída será una gran desgracia, pero importa que para entonces se entiendan entre sí Inglaterra y Rusia, y que ninguna de las dos potencias dé un paso decisivo sin saberlo la otra... Ya veis, estamos sosteniendo en nuestros brazos un hombre enfermo, y sería una desgracia que se nos quedase entre las manos, sin haber tomado las disposiciones necesarias.

—Al hombre generoso y fuerte, contestó Sir Hamilton, toca sostener al débil y al enfermo.

—Los sueños, los planes de la Emperatriz Catalina se han transmitido hasta nuestros días, aunque yo heredero de sus inmensas posesiones territoriales, no he heredado sus visiones, si quereis creerlas tales. Es tan inmenso mi imperio, y tan ventajosamente colocado bajo todos aspectos, que no sería razonable en mí ambicionar mas territorio, mas poder del que poseo: al contrario, soy el primero en decirlo que tal vez nuestro mayor, nuestro solo peligro, nacería de una nueva estension dada á un imperio ya demasiado grande. La Turquía está demasiado cerca: en este imperio hay muchos millones de cristianos sobre cuyos intereses debo velar, cuyo derecho de hacerlo me está garantido por los tratados, y de que uso bien moderadamente por cierto, empero que es un deber para mí. Nuestra religion, tal como se halla establecida en este país, nos ha venido de Oriente, y hay convicciones y obligaciones que no pueden perderse de vista. Ahora la Turquía ha caído gradualmente en una decrepitud tan profunda, que por mucho que yo desee prolongar la existencia del enfermo, y os ruego que creais que deseo tanto como vos que continúe viviendo, puede morir súbitamente y quedárenos en las manos como os decia. No podemos resucitar lo que está muerto: si el imperio turco cae, caerá para no levantarse jamás. Yo os pregunto ahora, ¿no valdrá mas estar preparados para esta eventualidad, que esponernos al caos, á la confusion, á la certidumbre de una guerra europea?

—La Turquía, respondió Sir Hamilton, á pesar de su deplorable situacion, subsiste así hace largo tiempo, á pesar de las dificultades que muchos creen insuperables. El gobierno inglés por regla general se opone á adquirir compromisos para eventualidades, repugnándole mucho el contar con la sucesion y la herencia de un antiguo amigo y aliado.

—Es un buen principio, respondió el emperador, bueno en todos tiempos, y sobre todo en épocas de incertidumbre y mudanzas como las actuales. Es de la mayor importancia que nos entendamos, y no nos dejemos sorprender por los sucesos. Ahora yo desee hablaros como amigo, como *gentlemen*, (caballero), si llegamos á entendernos en este asunto la Inglaterra y yo, por lo demas poco me importa: tengo por indiferente lo que los otros piensen. Usando, pues, de franqueza, os diré muy claramente que si la Inglaterra piensa establecerse uno de estos días en Constantinopla, no lo permitiré: no os supongo semejante intencion, pero vale mas en estas ocasiones hablar claro. Por mi parte estoy igualmente dispuesto á tomar el compromiso de no establecerme en Constantinopla, como propietario, se entiende, pues como depositario, no digo que no. Las circunstancias

podrán ponerme en el caso de ocupar á Constantinopla, si nada se halla previsto, si se abandona todo á la casualidad. Si vuestro gobierno cree que la Turquía conserva elementos de existencia se equivoca. Si yo hablase diez minutos con los ministros de Inglaterra, con el lord Aberdeen, por ejemplo, que me conoce muy bien y que tiene en mí tanta confianza como yo en él, nos entenderíamos. No lo olvideis, yo no quiero ni un tratado ni un protocolo, me basta y todo lo que deseo es que estemos de acuerdo en general. Entre gentes de honor esto es suficiente.

La conversacion cada vez iba siendo mas animada, mas interesante; siempre el Emperador bajo el supuesto de la inevitable y próxima ruina de la Turquía, y siempre el embajador inglés preocupado de los medios que su nacion debia tomar para evitar que se agravase su situacion.

—Hay muchas cosas, dijo el Czar, que yo no toleraré jamás, y comenzaré á hablar de mí mismo: jamás querré la ocupacion permanente de Constantinopla por los rusos: empero jamás concederé tampoco que Constantinopla sea ocupada por los ingleses ni por los franceses ni por cualquiera otra gran potencia. No permitiré jamás la reconstrucción de un imperio bizantino, ni dar á la Grecia una estension que haga de ella una potencia poderosa. Mucho menos permitiré que la Turquía se divida en pequeñas repúblicas, asilos abiertos á los Kossuk, Mazzini y otros revolucionarios de Europa. Antes que someterme á ninguna de estas eventualidades, haré la guerra mientras me quede un hombre y un fusil.

—Olvida Vuestra Magestad al Austria, dijo Sir Hamilton Seymour. La tocan muy de cerca todas estas cuestiones.

—Debeis comprender que al hablar de la Rusia, hablo tambien del Austria. Nuestros intereses en lo que concierne á Turquía son idénticos.

Hablo el Czar con el embajador largamente sobre las concesiones que habia hecho la Turquía á la Francia en las cuestiones que la rivalidad de los griegos y latinos suscitaban en Palestina sobre la posesion y culto de los Santos Lugares dando la mayor importancia á este incidente religioso y reclamando el protectorado de los griegos vasallos del sultan. La guerra que los montenegrinos hacian á los turcos escitaba su interés.

—Es imposible no interesarse por una poblacion tan adicta á su religion, y que durante tanto tiempo ha defendido su territorio contra los turcos. Si Omer-Bajá emprende el exterminio de esta poblacion, y resulta una insurreccion general entre los cristianos, el Sultan segun todas las probabilidades perderá su trono. En este caso caería para no levantarse jamás. El imperio turco es una cosa que es preciso tolerar, empero que no se debe emprender reedificar. En este caso os protesto que no consentiria que se disparase ni un pistoletazo.

Ya veis como me conduzco yo con el Sultan, que en la cuestion de los Santos Lugares, obra conmigo de un modo muy singular. ¡Pues bien! me contento con enviar á Constantinopla un embajador para exigir una reparacion. Seguramente podría enviar si quisiese un ejército. Nada hubiese podido detenerle y, sin embargo, me contento con hacer una demostracion suficiente para probar que no tengo intencion de que se burlen de mí.

Lo mas interesante de esta conversacion fué el punto en que el Czar, siempre fijo en su idea de la próxima disolucion del imperio otomano, asignaba á las diversas partes

de su inmenso territorio un destino conforme á sus miras.

—Los Principados, dijo, son de hecho un Estado independiente bajo mi proteccion, es una situacion que puede continuar. La Servia puede recibir la misma forma de gobierno, y la Bulgaria tambien. No me parece que hay razon para que esta provincia no forme un estado independiente. Por lo que hace al Egipto, comprendo la importancia de este territorio para la Inglaterra. Asi, todo lo que puedo decir es, que si en el caso de una division del imperio otomano, despues de su caida, tomaseis posesion del Egipto, nada tendria que oponer. Lo mismo digo de Candia. Esta isla puede conveniros.

Al despedirse el Czar del embajador inglés, le instó á que comunicase á su gobierno este proyecto.

—No es un compromiso, ni un pacto lo que pido, es el libre cambio de ideas, y en caso de necesidad una palabra de *gentlemen*. Entre nosotros hasta esto (1).

Al dia siguiente un correo de gabinete salia de San Petersburgo y corria ganando horas á llevar á los ministros de la reina Victoria estas importantes revelaciones.

Apenas habia salido la Europa de la crisis revolucionaria que la habia agitado, época terrible de lucha de organizacion interior en las naciones, que se habian estremeado al establecerse la república en Francia.

El gobierno ruso, cuyos ojos están fijos sobre Constantinopla desde el reinado de Catalina, creyó llegado el momento de realizar su sueño dorado, agitando las pasiones religiosas de sus súbditos en las rivalidades de los griegos y latinos en Jerusalem, y hablando á las pasiones nacionales, y apelando al panslavismo en la lucha de los montenegrinos y los turcos. Bajo estos pretextos se preparaba el golpe de muerte al imperio otomano.

Rusia no cuenta con Prusia, cree tener á su disposicion el Austria y trata de seducir á la Inglaterra. La Francia acababa de restablecer el imperio: creyó la Rusia posible aislarla en aquel momento de todos los gabinetes europeos. La Inglaterra y la Francia, rivales eternas en luchas seculares y gigantescas habian resfriado su inteligencia al ver levantado un trono imperial que evocando los recuerdos del principio de este siglo pudiera ser la señal de ambiciosas conquistas.

En tanto el dia 28 de febrero, el príncipe Mentchikoff, desembarcaba en Constantinopla. Jamás habia presenciado la ciudad de Constantino un acto que escitara mas su curiosidad y temores. Un vice-almirante, dos oficiales generales, muchos coroneles y capitanes de navío componian la comitiva, ó mas bien el estado mayor del príncipe. Desplegó en esta ocasion la embajada rusa, una pompa desahogada, un lujo deslumbrador, exigiendo de la Puerta se tributasen al enviado extraordinario de la corte imperial honores desconocidos hasta entonces. Con una altivez mas propia de un vencedor que viene á dictar la ley, que no de un enviado pacífico, comienza el embajador de Rusia faltando á todas las conveniencias y usos establecidos en semejantes circunstancias. En lugar de hacer su primera visita á la Puerta de uniforme, se presenta con un modesto frac queriendo desde su llegada hacer sentir el peso de su indignacion y desprecio al gobierno con quien venia á tratar.

Rehusó hacer la visita de cumplido al ministro de Negocios extranjeros, anunciando altamente su firme propósito de no mantener relaciones algunas con un ministro á quien públicamente tachaba de falso y desleal. Fuad-Effendi en la alternativa de exigir una reparacion que hubiera sido un indudable rompimiento ó abandonar el poder, dió su dimision que aceptó el Sultan. Presentado á la audiencia del sultan, exige y obtiene hablar solo con el Gran Señor, y al salir de su palacio, en lugar de visitar al visir y á los ministros pasa con toda su numerosa é imponente legacion á casa de Kosrew-Pachá, antiguo visir alejado de los negocios, y desgraciado hacia muchos años. Este antiguo dignatario habia sido en los tiempos de su administracion partidario de la Rusia: el príncipe Mentchikoff dándole una prueba de deferencia que habia rehusado á Fuad-Effendi mostraba asi que el reconocimiento de la Rusia es eterno como su resentimiento. Todas las comunicaciones verbales y escritas del príncipe eran relativas á los Santos Lugares, á las preferencias concedidas á los latinos á instancias de la Francia sobre los griegos y á pedir su anulacion. En tanto Mentchikoff habia exigido la destitucion del ministro liberal de Servia, Mr. Garachanine; habia dado ostensiblemente diversas misiones á numerosos oficiales de tierra y mar que le habian acompañado, ya para la Grecia, ya para otros puntos del territorio otomano. Las comunicaciones de Mentchikoff con el Divan dejaban percibir toda la gravedad de las instrucciones que habia recibido; gravedad tal, que el príncipe pidió á la Puerta como condicion espresa el secreto, sabiendo cuanta podria ser la alarma que causasen sus exigencias en Europa. Rusia exigia para terminar las cuestiones de la Tierra Santa y del protectorado de los rayas turcos de religion griega, un tratado formal, y la sublime Puerta accedia á arreglar este punto por *firmans* ó decretos.

Al ver la Francia que el aparato diplomático y militar que desplegaba la Rusia era desproporcionado para la cuestion de los Santos Lugares, conoció que el objeto real era otro. Vió amenazada la independencia y la existencia de Turquía. Aunque ignorante de las negociaciones que la Rusia tenia pendientes en aquellos momentos con la Inglaterra para formar contra la Francia una coalicion, cuya victima hubiera sido el imperio otomano, reclamó una parte en las conferencias de la cuestion de los Santos Lugares, y dió la alarma á la Europa. Se terminó la cuestion de los Santos Lugares en que se interesaba la Francia, empero sobre el protectorado religioso de los súbditos griegos fueron estrechas las exigencias del príncipe Mentchikoff, que hollando todas las consideraciones y conveniencias debidas á los soberanos, llegó hasta exigir una audiencia del sultan cuando acababa éste de perder á su madre. Fué él mismo á pedirle á palacio en vez de ir á la conferencia en que le aguardaba el visir, pero su orgullo de embajador recibió una severa leccion. El sultan le rehusó la audiencia que pedia y le envió á sus ministros. Estos hicieron todos dimision como Fuad-Effendi. Esta crisis elevó al poder al diplomático mas ilustrado de Turquía, Rechid-Pachá; éste declaró que los designios de la Puerta eran mantener intactos los privilegios de la Iglesia griega, empero que jamás sacrificaría los derechos soberanos del sultan, consignando en un tratado especial el protectorado de un príncipe extranjero. Entonces el embajador el 24 de marzo abandonó á Constantinopla dirigiéndose á Odessa.

(1) Todas estas palabras y conversacion están tomadas literalmente de las notas publicadas por el gobierno inglés en los documentos presentados á las Cámaras.

La Francia envió su escuadra á Salamina para hacer frente á los peligros que amenazaban al equilibrio europeo, y la Inglaterra, cuya escuadra se hallaba en Malta, recibió orden de aproximarse á los Dardanelos.

Francia y la Inglaterra, estos dos grandes estados que se hallan á la cabeza de la civilización del mundo se unieron por la primera vez para combatir juntas, porque una guerra entre ellas sería un fratricidio. Sus escuadras mar-

Nosotros llevaremos como por la mano á nuestros lectores haciéndolos asistir á este drama, cuyo prólogo hoy escribimos, drama inmenso, terrible, en que son actores las cuatro mas grandes potencias de Europa, en que tal vez lo serán bien pronto todas las demas naciones!....

¿Quién será el Edipo que descifre este enigma que se llama la *cuestión de Oriente*?... Panorama movable en que tan pronto vemos á las naciones trabajar por la paz como



El príncipe Mentchikoff.

charon juntas á Besika, en las aguas de la Grecia, y desde entonces las veremos concertarse juntas para mantener la paz, y juntas pelear en la guerra. Toda la atención la absorbió el Oriente; allí se fijaron los ojos de los reyes y de los pueblos, y hubo un gran silencio en el mundo, silencio que aun dura hoy, porque los destinos de la humanidad y los de la civilización se están ventilando hoy en aquellas regiones.

lanzarse á la guerra, tan pronto á Mentchikoff altivo en su fastuosa embajada de Constantinopla, como valiente en los campos de Crimea sosteniendo el estandarte de su Señor y Autócrata en los muros de Sebastopol contra todas las fuerzas reunidas de la Francia, Inglaterra y la Turquía!

(Se continuará).

EL C. DE F.